AMBIENTES MADRILEÑOS EN LAS *NOVELAS CONTEMPORÁNEAS* DE BENITO PÉREZ GALDÓS

Lavinia SIMILARU
Universitatea din Craiova
lavinia_similaru@yahoo.es

Madrid's Environments in the Benito Pérez Galdós's Contemporary Novels

Many years have passed since the death of Benito Pérez Galdós; yet, he is still a very appreciated and popular author. His works of fiction have not lost their significance or the ability to fascinate the reader, since they represent great historical documents, due to the writer' extraordinary skills to depict in his novels historical, political and anthropological elements, and thus to portray with great accuracy the life of his contemporary Spanish people. For Benito Pérez Galdós, the novel is "the image of life", as he pointed out during an acceptance speech at the Royal Spanish Academy. The "Contemporary Spanish Novels" ("Novelas Españolas Contemporáneas"), as Galdós himself titled them, represent a group of twenty novels that describe the Spanish society of that time. The collection was compared to Balzac's *The Human's Comedy.*
The importance of the surrounding space has been closely analysed and examined since the beginning of literature. In the *contemporary novels*, set in Madrid, the city becomes an actual character, as the author is very committed to depicting in detail the streets, the public buildings or living spaces, the shops, churches, cafés, parks, squares, monuments and so forth; open spaces as well as closed spaces. Galdós gives special attention to closed spaces, since, like other realist writers, the author believes that the environment can be perfectly used as a tool to define the characters. Therefore, the novelist carefully and neatly presents the houses where the protagonists live and the environments where the action takes place.

Keywords: *Galdós; realism; contemporary novels; environment: Madrid.*

1. Galdós y las «novelas contemporáneas»

Al estudiar los planteamientos de la novela decimonónica, Francisco Caudet aclara que "recrear estructuras socio-históricas, trazar el precario destino del individuo en unos medios degradados y, dicho en una palabra, desvelar en profundidad la realidad, ha sido la tarea que define a la novela decimonónica y, en particular, a la obra novelística de Galdós" (Caudet 1992: 11). Galdós mismo, al ingresar en la Real Academia, precisa en su discurso de recepción que "imagen de la vida es la novela". (http://www.biblioteca.org.ar/libros/130020.pdf). Galdós es sin duda "el verdadero creador de lo que entendemos por realismo moderno en la novela española." (Del Río, 1982: 295)

A pesar de los casi cien años pasados desde su muerte, Benito Pérez Galdós sigue siendo un autor muy leído y apreciado. Sus obras no han perdido en absoluto su capacidad de fascinar y su interés, ya que, en primer lugar, tienen un extraordinario valor como documentos históricos, y esto se debe a la costumbre que tiene el ilustre escritor de introducir en sus novelas elementos históricos, políticos, antropológicos, describiendo con gran exactitud la vida de los españoles de su época.

1881 es el año en que Galdós "dio un notable giro a su producción" (Alvar *et al.* 2007: 531).

BDD-A31618 © 2019 Editura Universității de Vest
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.42 (2026-11-15 21:37:02 UTC)

A partir de aquel año y hasta 1889 escribió las «Novelas Españolas Contemporáneas», según el título que Galdós mismo les dio, que constituyen un conjunto de una veintena de novelas, y describen la sociedad española de aquella época. Están ambientadas en Madrid y en los alrededores. El conjunto fue comparado con la *Comedia Humana* de Balzac.

En "La de Bringas", el escritor describe con todo su arte una sociedad hipócrita y sugiere que todo el país parece vivir el presente, sin proyectos de futuro, el autor habla de "esa España dormida, beatífica, que se goza en ser juguete de los sucesos y en nada se mete con tal que la dejen comer tranquila; […] que no entiende de ideas, ni de acción, ni de nada que no sea soñar y digerir" (Galdós 1994a: 107).

En *Lo prohibido*, Raimundo, un personaje ridículo, un joven con muchos talentos, pero que no hace nada, desentraña las causas de la decadencia y en su ironía llena de lucidez adivinamos la mirada amarga del autor. Lo peor en España, según el brillante Raimundo, es que "en la conciencia general se asocian las ideas de pobreza y honradez" (Galdós 2001: 268). El héroe explica su afirmación: "la caballería andante primero y el misticismo después han sido la religión del ayuno, el desprecio de los intereses materiales" (Galdós 2001: 269). Siglos enteros, los españoles han menospreciado los bienes materiales: "Ya tenéis aquí un principio de muerte; ya tenéis atrofiado uno de los principales nervios del poder de una nación, la propiedad. No dicen *la propiedad es un robo*, como los socialistas modernos, pero les falta poco para decir que es pecado" (Galdós 2001: 269). Las consecuencias de tal austeridad han sido fatales para España. A finales del siglo XIX, los españoles solo podían comprobar los efectos negativos de su filosofía: "Despreciando el dinero, llamándolo vil, tomando el pelo a los ricos y arrojando sobre ellos tantas ignominias en verso y prosa, hemos dejado perder nuestras colonias. Viviendo en un mundo de fantasmas, perversa hechura de la caballería y la falsa santidad, hemos visto la extinción de nuestra industria" (Galdós 2001: 270). Por eso, los españoles –según este deslumbrante y versátil personaje– solo pueden comprobar su retraso con respecto a otros países.

A lo largo de sus «novelas contemporáneas», Galdós narra la falta de ideales y de moral, junto con la hipocresía de la sociedad en la que vive. Lo único que importa es el dinero.

En todas estas novelas, pero sobre todo en *Fortunata y Jacinta*, la obra maestra del conjunto, destaca "la presentación de un Madrid vivo y bullicioso, en las casas más confortables de la burguesía acomodada y en los sórdidos cuartos y buhardillas de la gente pobre" (Menéndez Peláez *et al.* 2005: 336).

Todos los críticos observan que los espacios –tanto los abiertos como los cerrados–, adquieren fundamental significación para Galdós, como digno representante del realismo europeo. Es cierto que la importancia del espacio circundante ha sido observada y explorada desde los albores de la literatura, pero los escritores realistas le conceden un lugar privilegiado. Como subraya Antonio Carreño, "La consideración del espacio narrativo es un medio que ayuda a profundizar en la vida interior de los personajes. El espacio narra y se describe". (Carreño 2004: 1201)

La gran protagonista de las novelas contemporáneas de Galdós es la ciudad de Madrid, puesto que el escritor pinta detalladamente la capital española en las últimas décadas del siglo XIX, mencionando con extraordinaria exactitud topográfica numerosas calles, edificios públicos o de viviendas, tiendas, iglesias, cafés, parques, paseos, plazas, monumentos… Espacios abiertos y espacios cerrados. Un lugar destacado concede el autor a las obras de restauración y a las casas en construcción. No podrían faltar los medios de transporte de la época, o los primeros asomos de la industria y de la técnica.

Pero lo más importante para caracterizar a los personajes es el interior de sus casas. En su

BDD-A31618 © 2019 Editura Universității de Vest
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.42 (2026-11-15 21:37:02 UTC)

discurso de recepción en la Academia, el escritor precisa que las viviendas constituyen "el signo de familia". (*http://www.biblioteca.org.ar/libros/130020.pdf*). El autor hace asimismo hincapié en los ambientes en los cuales se mueven sus héroes.

Las calles y los edificios vienen mencionados siempre con asombrosa precisión topográfica. El autor nos da cuenta del estado de algunas construcciones y de cómo se suben los sillares, enumera detalles arquitectónicos.

2. Espacios cerrados

2.1. Casas

Galdós describe las casas de sus personajes en todas sus novelas. Hay casas cuyos propietarios pertenecen a todas las clases sociales y viven en las calles céntricas y elegantes, o en las míseras de la periferia.

La casa de los héroes adquiere fundamental importancia en *Lo prohibido*. Al describir la casa de Camila en esta novela, el autor mismo afirma que "Sicut domus homo" (Galdós 2001: 215), es decir la persona puede ser conocida mediante su casa. La casa revela en gran medida el carácter de su dueño y Benito Pérez Galdós lo sabe, como todos los escritores realistas. Camila es una joven rebelde y alocada. Cuando contrae matrimonio, la primera casa que comparte con su marido refleja su poco juicio. Todo está desordenado: "Todas las cosas, en aquella vivienda, estaban fuera de su sitio; todo revelaba manos locas, entendimientos caprichosos" (Galdós 2001: 215). A los espacios se les conceden usos nuevos: „habían hecho de la sala comedor; en la alcoba, a más de la cama de matrimonio, había una pajarera, y lo que antes había sido comedor estaba convertido en balneario, pues Camila, que aun en invierno tenía calor, se chapuzaba todos los días" (Galdós 2001: 215). Sin embargo, una de las innovaciones de los recién casados es benéfica: „La sala había sido llevada a un cuartucho insignificante, próximo a la entrada, arreglo que por excepción me parecía laudable, pues contravenía la mala costumbre de adornar suntuosamente para visitas lo mejor de la casa, reservando para vivir lo más estrecho, lóbrego y malsano" (Galdós 2001: 215). El autor no duda en inventariar los parcos muebles y objetos que posee el matrimonio, pormenorizando su disposición: "Lo más culminante en la sala era una mesa de caoba de las que llaman de ministro, y una cómoda antigua que Constantino había heredado de su tía Doña Isabel Godoy. El piano se había ido a la alcoba creyérase que por su pie, pues no se concebía que ninguna ama de casa dispusiera los muebles tan mal" (Galdós 2001: 215). El esposo de Camila es igual de inculto que ella y tiene el mismo mal gusto. Decora la casa a su manera:

> "En los pasillos, Constantino había tapizado la pared con enormes y abigarrados cartelones de las corridas de toros de Zaragoza y San Sebastián, y en el gabinete ocupaba lugar muy conspicuo un trofeo de esgrima compuesto de floretes, caretas, manoplas, con más una espada de torero y una cabeza de toro perfectamente disecada" (Galdós 2001: 215).

Por si fuera poco, todo se encuentra en muy mal estado: "No vi una silla que no cojeara, ni mueble que no tuviera la chapa de caoba saltada en diferentes partes" (Galdós 2001: 215). Los desastres son provocados por la afición de Constantino a la esgrima, lo que le hace arremeter contra los muebles y objetos de su domicilio, como si quisiera imitar a Don Quijote, que arremete contra los molinos de viento.

Completamente distinta es la segunda casa de la heroína, que en la segunda parte de la novela madura y se vuelve mujer sensata, preocupada por sacar adelante su hogar. En la casa faltan adornos y sobran utensilios de cocina y otros enseres domésticos: "El magnífico mueble que estaba

BDD-A31618 © 2019 Editura Universității de Vest
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.42 (2026-11-15 21:37:02 UTC)

a mi derecha era una tinaja; enfrente el fogón. Los elegantes vasares no ostentaban cacharritos japoneses ni porcelanas de Sajonia y Sèvres, sino otros más útiles chismes, y además las cenefas de papel picado con figuras de toreros" (Galdós 2001: 532). El autor menciona gran variedad de bártulos, todos muy necesarios, empezando con la máquina de coser y acabando con la cuerda para tender ropa.

Al polo opuesto se sitúa en la misma novela la casa de Eloísa, hermana de Camila. Desde pequeña, Eloísa sueña con tener una casa bonita, „sus cuatro paredes" (Galdós 2001: 162). Le confiesa al narrador: "Cuando era chiquitina, más que las muñecas, me gustaban los muebles de muñecas. Si alguna vez los tenía, me entraba fiebre por las noches, pensando en cómo los había de colocar al día siguiente" (Galdós 2001: 208). Su marido hereda a una tía y Eloísa puede cumplir su sueño. Le fascinan los objetos de lujo, le encanta tener obras de arte y joyas; un lugar especial concede Galdós al armario de Eloísa, lleno de calzado y vestidos traídos de París. Esta casa, como subraya el escritor, es más bien un museo, Eloísa redecora a su gusto la antigua residencia de la tía de su marido, llenándola de obras de arte:

> "La transformación del palacio era en verdad grandiosa. Sorprendiome ver en su gabinete dos países de un artista que acostumbra cobrar bien sus obras. En el salón vi además un cuadrito de Palmaroli, una acuarela de Morelli, preciosísima, un cardenal de Villegas, también hermoso, y en el tocador de mi prima había tres lienzos que me parecieron de subidísimo precio, una cabeza inglesa, de De Nittis, otra holandesa, de Román Ribera, y una graciosa vista de azoteas granadinas, de Martín Rico" (Galdós 2001: 208).

Pero Eloísa se queda viuda y pierde en poco tiempo toda la fortuna heredada de su difunto marido. El espléndido palacio empieza a emanar "desolación, ruina, tristeza". (Galdós 2001: 482). Un amante de Eloísa, al visitarla, observa que todo lo valioso se ha vendido o está por venderse: "Desde la antesala me interné en los pasillos; mas por la mampara de cristales alcancé a ver la sala de juego con las paredes desnudas. Vi sillas en montón, patas arriba, como dispuestas para que se las llevaran, y flecos de riquísimas cortinas que arrastraban por el suelo." (Galdós 2001: 483).

En las magníficas salas de antaño se conservan solamente los objetos sin valor:

> "Daba dolor ver el gabinete desmantelado, casi vacío de las admirables porcelanas de Sèvres, Sajonia y *Barbotine* que antes lo adornaban, conservando sólo dos o tres acuarelas de escaso mérito. Los clavos indicaban dónde estuvieron las obras superiores. Agujeros horribles en la pared, mostrando el yeso y la tapicería desgarrada, marcaban el sitio del espejo biselado que había ido a parar a casa de Torres. En cambio quedaban begonias de trapo caídas de sus jardineras y llenas de polvo, fotografías apiladas sobre la chimenea." (Galdós 2001: 483)

Lo mismo le pasa a Isidora en *La desheredada*: cuando el dinero se acaba, la heroína renuncia a sus muebles. Galdós apunta los pormenores con la misma amargura desesperanzadora:

> "Decir cómo aquella casa llena de comodidades se deshizo en unos cuantos días; contar cómo las feroces prenderas llegaban, venían, tasaban, huían, llevándose en las garras, cuál un dorado reloj, cuál la alfombra o lavabo, sería lacerar el corazón de nuestros lectores. […] Así, pieza tras pieza, se desmontaba la casa. Y esta, poco a poco, se iba quedando vacía, se iba agrandando. El frío y la soledad se apresuraban a invadir los polvorientos y tristísimos huecos que los muebles dejaban tras sí." (Galdós 2018: 310)

Entre el lujo y la pobreza se encuentra la vivienda de los Bringas en *Tormento*, donde el autor

BDD-A31618 © 2019 Editura Universității de Vest
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.42 (2026-11-15 21:37:02 UTC)

nos invita el día de la mudanza de los propietarios. Les gusta codearse con la gente de alcurnia, pero los Bringas no son ricos, de manera que se encargan ellos mismos, con sus amigos y algún criado, de fregar los baldosines, de colocar las alfombras, de meter clavos en las paredes para los cuadros…

Interesante es también la casa de Refugio en *La de Bringas*, "estrafalaria mezcla de cosas buenas y malas" (Galdós 1994a: 275), ya que sirve a su vez para caracterizar a la heroína. En su casa reina el desorden, como en la vida de la joven, que ama el lujo y rehúye el trabajo. Tiene una tienda de ropa, y por eso amontona la mercancía en todas partes: "La sala […] parecía una trastienda, y encima de todas las sillas no se veía otra cosa que sombreros armados y por armar, piezas de cinta, recortes, hilachas. Destapadas cajas de cartón mostraban manojos de flores de trapo, finísimas, todas revueltas" (Galdós 1994a: 275). Todo eso se mezcla con la ropa de la mujer y mil cosas que ella usa diariamente:

> "Esta masa caótica de objetos de moda extendíase hasta el gabinete, invadiendo algunas de las sillas y parte del sofá, confundiéndose con las ropas de uso, como si una mano revolucionaria se hubiera empeñado en evitar allí hasta las probabilidades de arreglo. Dos o tres vestidos de la Sánchez, enseñando el forro, con el cuerpo al revés y las mangas estiradas, bostezaban sobre los sillones. Una bota de piel bronceada andaba por debajo de la mesa, mientras su pareja se había subido a la consola. Un libro de cuenta de lavandera estaba abierto sobre el velador mostrando apuntes de letra de mujer: *Chambras 6; enaguas 14*, etc..." (Galdós 1994a: 276).

Las figuras de porcelana y otros adornos sugieren la misma confusión: "El velador era de hierro con barniz negro y flores pintadas. Sobre la chimenea, un reloj de bronce muy elegante alternaba indignamente con dos perros de porcelana dorados, de malísimo gusto, con las orejas rotas" (Galdós 1994a: 276). El descuido y la indolencia no escapa al ojo experimentado: "Las láminas de las paredes estaban torcidas, y una de las cortinas desgarrada; el piso lleno de manchas; la lámpara colgante con el tubo ahumadísimo" (Galdós 1994a: 276). La joven ni siquiera se molestaba en arreglar su cama: "Por la mal entornada puerta de la alcoba se veía un lecho grande, dorado, de armadura imperial, sin deshacer y con las ropas en desorden, como si alguien hubiera acabado de levantarse" (Galdós 1994a: 276).

De las numerosas casas pobres pintadas por Galdós destacan las viviendas miserables descritas en *Fortunata y Jacinta*, donde la esposa legítima de Juan Santa Cruz va a buscar al niño que cree hijo de su marido con la amante. Son viviendas pequeñas, donde apenas hay muebles y reina el desorden de los objetos útiles y de la ropa ajada. Jacinta y su amiga recorren el pasillo y su recorrido viene consignado detenidamente por Galdós: "Avanzaron por el corredor, y a cada paso un estorbo. Bien era un brasero que se estaba encendiendo, con el tubo de hierro sobre las brasas para hacer tiro; bien el montón de zaleas o de ruedos, ya una banasta de ropa; ya un cántaro de agua" (Galdós 1992 I: 322). Todos estos objetos delatan la presencia de los propietarios, presencia nada discreta en realidad: "De todas las puertas abiertas y de las ventanillas salían voces o de disputa, o de algazara festiva" (Galdós 1992 I: 322). Es gente humilde, que prepara su comida familiar, o lava la ropa: "Veían las cocinas con los pucheros armados sobre las ascuas, las artesas de lavar junto a la puerta" (Galdós 1992 I: 322). Algún vecino usa su propia casa como taller donde desarrolla alguna actividad lucrativa, con los ruidos inevitables, pero permitidos en los barrios pobres de la época: "Pasaban por un domicilio que era taller de zapatería, y los golpazos que los zapateros daban a la suela, unidos a sus cantorrios, hacían una algazara de mil demonios. Más allá sonaba el convulsivo tiquitique de una máquina de coser" (Galdós 1992 I: 322).

En *Misericordia*, los adultos que suelen mendigar lo hacen a veces acompañados por niños,

BDD-A31618 © 2019 Editura Universității de Vest
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.42 (2026-11-15 21:37:02 UTC)

hijos o nietos. Muy a menudo, estos niños padecen hambre. Un anciano que pide limosna acompañado por una de sus nietas, afirma tener otra, enferma. Por eso, la protagonista, Benina, sirvienta de una familia noble venida a menos, que también mendiga para comer y para alimentar a sus amos, va a casa del anciano, a ver a la niña enferma. No podemos dejar de observar las pinceladas naturalistas del autor en estas líneas: "En el suelo, sobre un colchón flaco, cubierto de pedazos de bayeta amarilla y de jirones de mantas morellanas, yacía la niña enferma, como de seis años, el rostro lívido, los puños cerrados en la boca. «Lo que tiene esta criatura es hambre», dijo Benina…" (Galdós 1994b: 234).

2.2. Cafés

Los cafés son sitios donde suelen pasar gran parte de su tiempo los madrileños de todas las épocas. Un personaje de *Fortunata y Jacinta* tiene la costumbre de eternizarse en los cafés y le gusta cambiarlos, lo que permite al escritor enumerar los establecimientos de este tipo más conocidos y frecuentados a finales del siglo XIX, cada uno con sus ofertas características, ya que su héroe es:

> "parroquiano del café de San Antonio en la Corredera de San Pablo, después del Suizo Nuevo, luego de Platerías, del Siglo y de Levante; le vería, en cierta ocasión, prefiriendo los cafés cantantes y en otra abominando de ellos; concurriendo al de Gallo o al de la Concepción Jerónima cuando quería hacerse el invisible, y por fin, sentar sus reales en uno de los más concurridos y bulliciosos de la Puerta del Sol" (Galdós 1992: II 13).

El escritor suele hacernos participar a la tertulia, verdadero cuadro de costumbre, describiéndonos no solo la conversación, sino también la pila de platillos y haciéndonos presenciar la entrada y la salida de los parroquianos, con los ruidos inevitables: "Cada instante se abría la puerta de cristales para dar paso a algún parroquiano (que entraba quitándose la bufanda o desembozándose), y luego se cerraba con fuerte batacazo, para volverse a abrir en seguida con estridente chirrido de goznes mohosos" (Galdós 1992: II 13).

No falta, en la misma novela, una descripción pormenorizada de la arquitectura del café del Gallo: "El café se compone de dos crujías, separadas por gruesa pared y comunicadas por un arco de fábrica; mas a pesar de esta rareza de construcción, que le asemeja algo a una logia masónica, el local no tiene aspecto lúgubre" (Galdós 1992: II 419).

2.3. Tiendas

A las tiendas también les concede Galdós un lugar destacado en sus novelas. Las hay de todos los tipos y para todos los bolsillos. Inolvidable es la tienda de huevos y aves de *Fortunata y Jacinta*, establecimiento que sirve al autor para caracterizar a Fortunata, ya que compara el destino de su heroína con el de las infelices aves. Hay cajones llenos de huevos y por el suelo plumas y pequeños charcos de sangre, mientras dos mujeres pelan las aves muertas, de manera que el autor reflexiona: "la voracidad del hombre no tiene límites, y sacrifica a su apetito no sólo las presentes sino las futuras generaciones gallináceas. A la derecha, en la prolongación de aquella cuadra lóbrega, un sicario manchado de sangre daba garrote a las aves" (Galdós 1992: II 419).

Completamente distintas son las tiendas de lujo, adonde Eloísa va en *Lo prohibido* a comprar adornos y objetos de arte. La misma mujer llama esta tienda "sucursal del Infierno" (Galdós 2001: 212). Hay porcelanas valiosas, muebles y cuadros, estatuas, pero lo que más despierta la concupiscencia de Eloísa es

BDD-A31618 © 2019 Editura Universității de Vest
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.42 (2026-11-15 21:37:02 UTC)

"un espejo horizontal, biselado, grande como de metro y medio, con soberbio marco de porcelana barroca imitando grupos y trenzado de flores, que eran una maravilla. […] Las flores, interpretadas decorativamente, eran más hermosas que si fueran copia de la realidad. Había capullos que concluían en ángeles; ninfas que salían de los tallos, perdiendo sus brazos en retorceduras de mariscos; ramilletes que se confundían con los crustáceos y corolas que acababan en rejos de pulpo. […] Hacían juego con esta soberana pieza dos candelabros que eran los monstruos más arrogantes, más hermosos que se podían ver, grifos que parecían producto de la flora animalizada, pues tenían uñas y guedejas como pistilos de oro, enroscadas lenguas de plata" (Galdós 2001: 211-2).

De esta lista nada exhaustiva no puede faltar de ninguna manera la tienda *Sobrino Hermanos*, mencionada por Galdós en varias novelas, pero sobre todo en *La de Bringas*. Es una tienda de telas y ropa, que vende las novedades de París: "En fichús, encajes, manteletas, camisetas, pellizas, estaban allí las *Mil y una noches* de los trapos" (Galdós 1994a: 264).

2.4. Teatros

Galdós menciona en sus novelas varios teatros de Madrid, donde a menudo sus personajes van no a ver el espectáculo o a escuchar música, sino a pasar un rato agradable, o a encontrarse con sus amigos, conocidos, familiares, amantes… En palabras de José María, el héroe de *Lo Prohibido*, "los muchos y elegantes teatros para todas las clases, gustos y fortunas". (Galdós 2001: 132). El mismo personaje hace cálculos mentales, tratando de salvar a su amante de la ruina, "en el Teatro Real, oyendo no recuerdo qué ópera". (Galdós 2001: 295).

La misma amante de José María, Eloísa, una mujer egoísta, va al Teatro de la Comedia la noche que su marido agoniza. Afortunadamente, regresa pronto, a tiempo para presenciar las últimas horas de vida de su esposo. La mujer explica su regreso repentino: "La obra que se estrenó era muy inmoral, y todas las personas decentes se habían escandalizado; las señoras se salían, horrorizadas, de los palcos, y el público de butacas protestaba en murmullos" (Galdós 2001: 322).

En *Fortunata y Jacinta* el autor delata los intereses algo mezquinos y ajenos al arte que hace que una familia burguesa e inculta tome un palco. Doña Barbarita acepta ir al teatro a instancias de su marido, pero no disfruta el espectáculo, quiere que su nuera lo disfrute. La nuera, Jacinta, tampoco es aficionada a la ópera y tiene sus propios planes:

"El abono que tomaron en el Real a un turno de palco principal fue idea de D. Baldomero quien no tenía malditas ganas de oír óperas, pero quería que Barbarita fuera a ellas para que le contase, al acostarse o después de acostados, todo lo que había visto en el Regio coliseo. Resultó que a Barbarita no la llamaba mucho el Real; mas aceptó con gozo para que fuera Jacinta. Esta, a su vez, no tenía verdaderamente muchas ganas de teatro; pero alegrose mucho de poder llevar al Real a sus hermanitas solteras, porque las pobrecillas, si no fuera así, no lo catarían nunca." (Galdós 1992: I 250).

Jacinta desea que sus hermanas solteras encuentren novios entre los jóvenes acomodados y de buenas familias que están en el público. Tiene toda la razón, ya que el público masculino destaca la presencia de las muchachas: "Barbarita II, Isabel y Andrea, estaban muy gozosas, sintiéndose flechadas por mozalbetes del paraíso y de palcos por asiento. También de butacas venía algún anteojazo bueno." (Galdós 1992: I 290).

En esta ocasión, Jacinta va al Teatro Real "de muy mala gana" (Galdós 1992: I 289), después de haber cuidado todo el día a una sobrina enferma, y la música la fastidia:

"Mal humorada y soñolienta, deseaba que la ópera se acabase pronto; pero desgraciadamente la obra, como de Wagner, era muy larga, música excelente según Juan y todas las personas de gusto,

BDD-A31618 © 2019 Editura Universității de Vest
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.42 (2026-11-15 21:37:02 UTC)

pero que a ella no le hacía maldita gracia. No lo entendía, vamos. Para ella no había más música que la italiana, mientras más clarita y más de organillo mejor." (Galdós 1992: I 290)

El autor, en cambio, usa su talento y su sabiduría de cronista musical para describir aquella música: "un trozo descriptivo en que la orquesta hacía un rumor semejante al de las trompetillas con que los mosquitos divierten al hombre en las noches de verano" (Galdós 1992: I 290). El efecto de esos acordes sobre Jacinta es decepcionante: la mujer se queda dormida. Pero en esos momentos la esposa de Santa Cruz tiene un sueño muy revelador sobre sus aspiraciones más íntimas: sueña que tiene un hijo. El sueño es premonitorio, ya que el hijo se transforma en estatua de yeso. Jacinta, y con ella el lector, comprende que nunca va a tener un hijo.

Al protagonista de *El amigo Manso* le toca pronunciar un discurso solemne en el Teatro Real. Es un profesor tímido y modesto, que se ve en esa situación por culpa de las ambiciones políticas de su hermano. Por los nervios, el héroe siente que las frases del discurso se le esfuman "súbitamente del espíritu, y luego volvía a aparecer bien claro para eclipsarse de nuevo, como los letreros de gas encendidos sobre la puerta del teatro, y cuyas luces barría a intervalos el fuerte viento sin apagarlas." (Galdós 2008: 166). El escritor aumenta las emociones de su héroe y del lector apuntando concienzudamente los hábitos nimios y vanos de los madrileños que acuden al teatro:

> "Era aún temprano, y ya se agolpaba el público en las puertas. Aunque se habían tomado precauciones para evitar la reventa de billetes, diez o doce gandules con gorra galonada entorpecían el paso, molestando a todo el mundo. Llegaban coches sin cesar, sonaban las portezuelas como disparos de armas de fuego…" (Galdós 2008: 166).

Después, el lector acompaña al héroe en el palco de su familia y entrevé las caras en la penumbra roja, hasta que el telón se abre. El espectáculo es variado y llamativo, los discursos están entreverados entre piezas musicales. Cuando don Máximo Manso empieza a hablar, le molestan otras costumbres típicas de los aficionados al teatro:

> "Cuando principié, con voz no muy segura, me hacía visajes en los ojos el decorado pseudo-morisco de los palcos: la puntería de gemelos, así como el movimiento de tanto abanico me distraían. En uno de los proscenios bajos había una bendita señora cuyo abanico, de colosal tamaño, se cerraba y se abría a cada momento con rasgueo impertinente. Parecía que me subrayaba algunas frases o que se reía de mí con carcajadas de trapo. ¡Maldito comentario! En el momento de concluir una frase, cuando yo la soltaba redonda y bien cortada, sonaba aquel ras que me ponía los nervios como alambres..." (Galdós 2008: 176).

Lo peor de todo es que, cuando acaba su anodino pero correcto discurso y recibe unos aplausos respetuosos y urbanos, del techo –o más bien del palco donde se hallaba su familia– vuela y baja hasta el escenario una ridícula corona, "descomunal pieza de hojas de trapo, de bellotas que parecían botones de librea, con más cintajos que la moña de un toro, claveles como girasoles, letras doradas…" (Galdós 2008: 179). Por si fuera poco, Manuel Peña, un discípulo del profesor Manso pronuncia después un discurso brillante, que encanta y entusiasma al público, demostrando que, si alguien se merecía una corona, no era precisamente el profesor, sino el alumno.

El Teatro Real adquiere una vez más un papel destacado en la vida del personaje, ya que el profesor Manso tiene la oportunidad de observar, al final del discurso pronunciado por Manuel Peña, que Irene, la mujer de la que el profesor está secretamente enamorado, se había ruborizado y había llorado escuchando las magníficas frases del joven orador. Si conociera mejor a las mujeres,

BDD-A31618 © 2019 Editura Universității de Vest
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.42 (2026-11-15 21:37:02 UTC)

el profesor comprendería que Irene ama a Manuel Peña.

Bibliografía:

ALVAR, Carlos, MAINER, José Carlos, NAVARRO Rosa 2007: *Breve historia de la literatura española*. Madrid, Alianza Editorial.

CARREÑO, Antonio 2004: *Cartografía de los espacios: la casa en «Don Quijote»*, in "Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de cervantistas", II, Lisboa, Fundaçâo Calouste Gulbenkian, pp. 1201-1221.

CAUDET, Francisco 1992: *Introducción*, in B. Pérez Galdós, "Fortunata y Jacinta", Madrid, Cátedra Letras hispánicas, p. 11-86.

DEL RÍO, Angel 1982: *Historia de la literatura española* (vol. 2), Barcelona, Editorial Bruguera.

MENÉNDEZ PELÁEZ, Jesús, ARELLANO, Ignacio, CASO GONZÁLEZ, José M., CASO MACHICADO, María Teresa, MARTÍNEZ CACHERO, J.M. 2005. *Historia de la literatura española* (vol. III), León, Editorial Everest.

PÉREZ GALDÓS, Benito 2008: *El amigo Manso*. Madrid, Alianza Editorial.

PÉREZ GALDÓS, Benito1992: *Fortunata y Jacinta*, I, II. Madrid, Cátedra Letras hispánicas.

PÉREZ GALDÓS, Benito 1994ª: *La de Bringas*. Madrid, Cátedra Letras hispánicas.

PÉREZ GALDÓS, Benito 2018: *La desheredada*. Madrid, Cátedra Letras hispánicas.

PÉREZ GALDÓS, Benito 2001: *Lo prohibido*. Madrid, Cátedra Letras hispánicas.

PÉREZ GALDÓS, Benito 1994b: *Misericordia*. Madrid, Cátedra Letras hispánicas.

http://www.biblioteca.org.ar/libros/130020.pdf consultado el 29 de octubre de 2018.

BDD-A31618 © 2019 Editura Universității de Vest
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.42 (2026-11-15 21:37:02 UTC)